

17 de octubre de 2021 - 29° domingo "B"

Is 53:10-11; Heb 4:14-16; Mc 10:35-45

### Homilía

Hubo un tiempo en el que las funciones públicas en la sociedad se consideraban servicios que algunas personas estaban llamadas a prestar a la comunidad, a menudo a su costa. Las cosas son muy diferentes hoy en día. Los candidatos suelen gastar grandes sumas de dinero para convencer a los ciudadanos de que les elijan para estos cargos

Sin embargo, parece que la naturaleza humana no ha cambiado mucho desde los tiempos de Jesús. En el Evangelio del domingo pasado vimos que, incluso después del tercer anuncio de la pasión de Jesús, los discípulos discutían entre ellos quién tendría el puesto más importante en su reino. Esperaban que Jesús restaurara el reino de David en la tierra.

Desde ese momento hasta el acontecimiento narrado en el Evangelio de hoy, los discípulos no parecen haber avanzado mucho. Su comprensión ahora parece ser que Dios confiará el juicio y la condena de los gentiles no a un Mesías nacionalista, sino al Hijo del Hombre anunciado por Daniel, y que estará rodeado de otros jueces también sentados en tronos. Cuando el Hijo del Hombre es entregado a los gentiles, éstos quieren ser asociados a la venganza divina. De nuevo Jesús intenta, con gran paciencia, hacerles comprender que el único camino hacia esos tronos que anhelan es el sufrimiento y el servicio. Él mismo no vino a reinar sino a servir. Una vez más se manifiesta como el que cumple la profecía del siervo de Yahvé.

En los últimos capítulos de lo que llamamos el Libro de Isaías, hay cuatro cantos de otro profeta, cuyo nombre no se conoce y al que se suele llamar el "Segundo Isaías". Estos cantos se denominan "Cantos del Siervo Doliente", y fueron escritos en una época en la que el pueblo de Israel estaba sometido a la devastación, el hambre, la angustia, la persecución y el exilio. Les resultaba imposible dar sentido a todo aquello. El mensaje del Segundo Isaías es una profecía impregnada de lágrimas humanas, mezclada con una alegría que cura todas las heridas, elimina todas las cicatrices y permite a todas las generaciones futuras comprender el futuro a pesar de lo absurdo del presente. Nunca hubo palabras más aptas para traer consuelo en una situación de sufrimiento y lágrimas.

Israel estaba en el exilio y sus hijos eran "como un antílope en una red". Los verdugos habían dicho a Israel: "Inclínate

para que pasemos por encima de ti" y él había "puesto su espalda como el suelo y como una calzada para que pasaran por encima". Los exiliados vivían en constante temor "por la furia de sus opresores". Fue entonces cuando apareció la figura del "sanador sufriente", el que eligió recorrer este camino de sufrimiento. Como un cordero llevado al matadero, o una oveja ante los esquiladores, permaneció en silencio y no abrió la boca.

A esta figura del siervo sufriente se refiere Jesús cuando dice a sus discípulos: "El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, a dar su vida por la redención de muchos". Es en este contexto que debemos interpretar la invitación al servicio mutuo. San Juan, en su descripción de la Última Cena, ha sustituido el lavatorio de los pies al relato de la institución de la Eucaristía que encontramos en los otros Evangelios, de modo que no hay ambigüedad sobre este ideal de servicio.

Al continuar ahora esta celebración en memoria del Siervo de Jahvé, preguntémonos cómo podemos ser más fieles a esta invitación en lo concreto de nuestra vida cotidiana.

Armand Veilleux